



Los ángeles y las mentiras

Javier López Alós

“Por otro lado, al igual que el más vil de los escritores tiene sus lectores, el más grande de los mentirosos tiene sus crédulos; y suele ocurrir que si una mentira perdura una hora, ya ha logrado su propósito, aunque no perviva.”

JONATHAN SWIFT, *The Examiner*, XIV, 9 de noviembre de 1710.

En mi vida sólo he conocido un ángel de verdad y nunca llegué a confiar en él. Solíamos salir los viernes a cenar a un mesón que hay en la plaza del mercado. El ángel no comía mucho, ni yo tampoco, a causa de mis problemas intestinales. Pero el vino se entraba en nuestros cuerpos como serpiente tras su presa y aumentaba el calor de nuestra charla. Cuestiones bizantinas, pensaban desde otras mesas cuando nos oían levantar la voz, y solían acertar. Después, paseábamos un poco por la antigua rambla y, a última hora, cuando el enfado se veía inevitable, nos dejábamos caer en algún bar de mala muerte a tomar la última copa. Pero, ya digo, no era un ángel en que se pudiese confiar porque no mentía nunca.

No sé cómo educa un ángel su mirada y ésa es una diferencia insoportable para poder cimentar una amistad. De qué forma compone sus juicios morales y estéticos... y si es verdad, como parece, que los mezcla. Puedo decir que esa doble naturaleza me exasperó más que ninguna especulación teológica sobre su carácter intermedio entre especies.

Metidos en el tugurio, el ángel se acurrucaba a observar en una esquina y hacía del ángulo dos alas de ladrillo dispuestas a batir en cualquier momento y aplastarnos. El ángel permanecía así inmóvil toda la noche, hasta que el último cliente se había marchado. Entonces quedábamos los dos, cara a cara. Cuanto más sonreía, más avergonzado me sentía yo, porque la sonrisa es cualidad del ángel y la vergüenza estrictamente humana. Tal vez me había visto tratando de seducir a alguna mujer, incluso a lo mejor había distinguido mis torpes intentos por parecer interesante a los ojos de aquella joven morena con la que había hablado un par de noches. O había



contabilizado mis consumiciones o la copa que había dejado sin pagar con disimulo. Desde aquel rincón, liberado de pasiones, camuflado en la pared, el ángel nos observaba a todos y parecía en cualquier momento a punto de llamarnos al orden con un trompetazo de reprobación. Pero es que a mí además me conocía. No sé por qué ni desde cuándo, no puedo decir que fuésemos amigos, ni siquiera confiaba en él, pero cada viernes salíamos a cenar juntos y se repetía la secuencia. La última noche no pude soportarlo más.

- Ponle a una ginebra a mi acompañante-, le dije al camarero.

- ¿A quién, si ha venido usted solo?- respondió.

- No discutas, y ponle la ginebra al ángel aquel que cada viernes me persigue y me mira mal y me juzga. A ése, al de la esquina, quiero convidarle.

- Ahí sólo hay un perchero con dos abrigos. Váyase a casa y descanse.

Las palabras del camarero me parecieron una ofensa. No era un hombre menudo, pero yo soy bastante corpulento y le agarré con fuerza por el cuello.

- ¿Un perchero con dos abrigos, nada más? ¿Te ríes de mí? ¿Por qué me mientes?

- No le miento, señor-, pudo decir mientras cada vez yo iba apretando con más fuerza.

- ¿No me mientes? ¿Eres de ésos que no mienten nunca?- le grité, lleno de furia.

- Sí... no... yo no miento nunca... lo juro-, añadió finalmente.

- Si no mientes nunca, no eres un hombre. ¿Qué es lo que eres, pues? ¿Eres un perchero? ¿Tú también eres un perchero? ¿O eres un ángel? Sólo los ángeles no mienten...- y entonces seguí apretando y apretando hasta el final.

- Lo que no entiendo es por qué lo tuvo que matar. Quiero decir, si usted creía que era un ángel y los ángeles son seres espirituales, si no le molesta reconocerlo, poco susceptibles de ser estrangulados- repuso el señor juez.

- Precisamente- agregó el acusado-, de eso se trataba: tenía que comprobar si el camarero era un hombre o un ángel.

- ¿Y tras el... suceso, qué conclusión extrajo?- inquirió enseguida el psiquiatra, que llevaba mucho rato tratando de disimular sus nervios. El acusado bebió un poco de agua antes de contestar.



- Pues no lo sé. Ya he dicho en mi declaración que, con certeza, yo sólo he conocido a un ángel, que es con quien fui a ese bar. Yo sólo soy un hombre. El camarero puede que también o puede que no. Pero es que, ya digo, en los ángeles no se puede confiar así como así. Ni siquiera en los demonios, que ya te avisan de que van a mezclar verdad y mentira...

“Pero eso debiera entonces incitar a la prudencia”, vi que escribía en su cuaderno un sacerdote que seguía con suma atención todo el proceso.

- ...en los demonios tampoco se puede confiar. Tienen un pasado de ángel bueno que les empuja a decir la verdad. Ni siquiera que se hayan torcido hacia lo humano, nos deja más tranquilos, porque les falta constancia para el mal y con ellos no sabe uno nunca a qué atenerse.

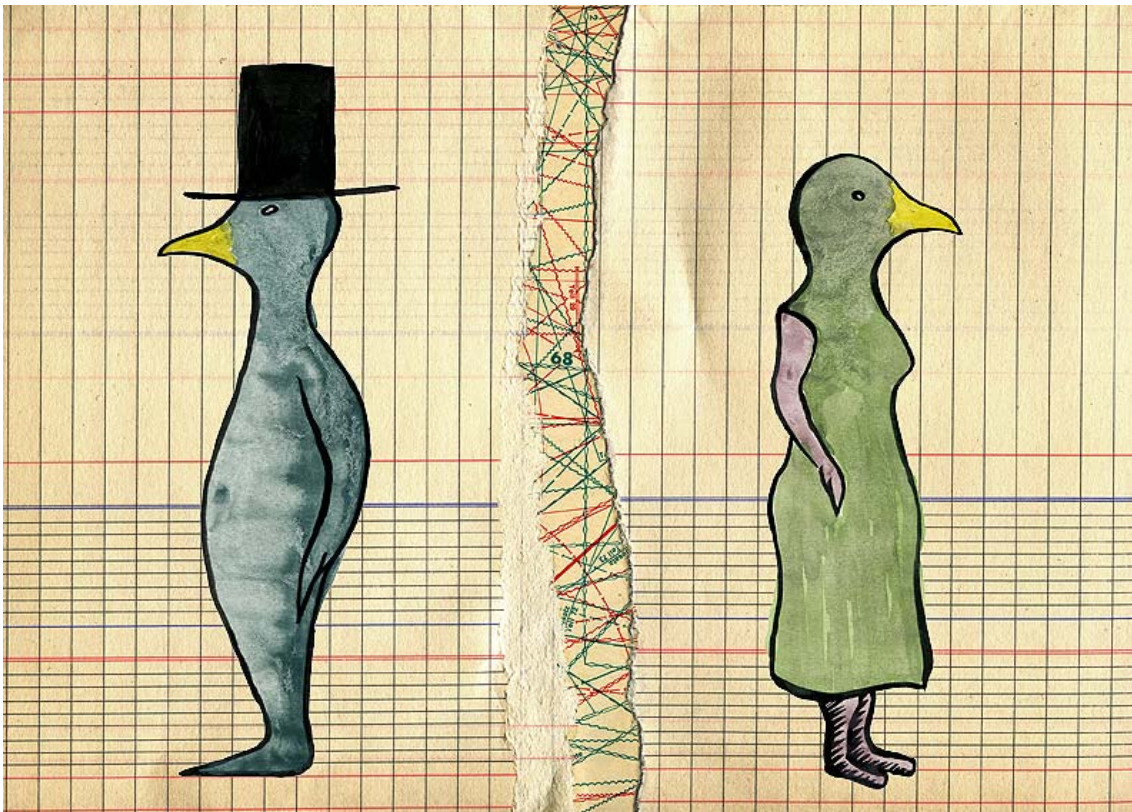


Ilustración: *Lo sabremos cuando miremos atrás*, [Danielsan](#) (2008).